

## DE LA URSS A RUSIA DE CARLOS PRIETO

Me ha sido particularmente grata la lectura del libro que hoy presenta a la comunidad de Monterrey la editorial Fondo de Cultura Económica: DE LA URSS A RUSIA, tres décadas de experiencias y observaciones de un testigo, en que su autor, Carlos Prieto Jacqué, me ha mostrado otra límpida faceta de su personalidad: la de escritor. Este libro no es ciertamente el primero en el haber del autor –otros lo preceden, Cartas Rusas y Alrededor del mundo con el violonchelo-; pero sí era el primero para mí. Antes de su conocimiento, la imagen de Carlos Prieto Jacqué se escalonaba en mi memoria, primero, ligado con su hermano Juan Luis, al nombre de su padre –también Carlos-, uno de los más importantes líderes empresariales de nuestro país y preeminente benefactor de Nuevo León en los órdenes económico, de beneficencia social, cultural y, particularmente, de la educación superior universitaria; poco después, como el joven y brillante ingeniero y economista, graduado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, sucesor de su padre en la Dirección General de la Compañía de Fierro y Acero de Monterrey y miembro del Consejo de Directores del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey; y más tarde –imagen que se prolonga hasta ahora- como el concertista que en un acto de ejemplar fidelidad vocacional se adentró por entero en el camino de la música –su pasión de siempre- y ha logrado conquistar un sólido prestigio internacional como violonchelista. Es fácil comprender, por ello, que el conocimiento de esta faceta literaria de Carlos me haya sido especialmente grato.

Grato, sí, pero no extraño ni sorprendente, dados sus antecedentes humanísticos, familiares y universitarios. Él mismo hace referencia a la importancia que en la formación científica y tecnológica de sus alumnos da el MIT a la educación general, representada por las humanidades. De lo cual libro y autor son claros testimonios.

DE LA URSS A RUSIA es admirable por múltiples conceptos: por su actualidad, por su seriedad intelectual, por su original estructura, por su estilo, por la trascendencia de su mensaje, surgido espontáneamente de un haz de convicciones fundamentales entre las

cuales está la fe y la esperanza en el triunfo de lo humano sobre las fuerzas oscuras y negativas que tienden a menoscabarlo y destruirlo.

En el comienzo del capítulo VII, denominado “Tres años cruciales”, Carlos Prieto subraya la importancia decisiva de los años 1989-1991 para el futuro de nuestro planeta. “Representan –dice- un parteaguas de la historia mundial”. En los dos primeros años de este trienio ocurre con velocidad increíble el derrumbe completo del sistema comunista en la Europa oriental, y en menos de los dos años últimos, los cimientos del comunismo fueron quebrantados en la propia Unión Soviética. “La libertad creciente –dice nuestro autor- redundó en una explosión de movimientos de protesta y nacionalistas, antes reprimidos, en todas las repúblicas soviéticas.

En realidad, -nos recuerda en otro párrafo significativo-, “los comunistas no llegaron al poder gracias al apoyo popular. Eran una pequeña minoría autoprogramada ‘vanguardia de la clase trabajadora’ y decidida a todo. Llegaron al poder y lo conservaron siempre por la fuerza, porque esa pequeña minoría controlaba todas las herramientas del poder: el ejército, la policía secreta, la economía, la ideología, la prensa, la radio, la televisión, los sindicatos, todo. La libertad era incompatible con el sistema porque en la libertad florecen ideas e intereses múltiples y contradictorios que necesariamente atentan contra el monopolio de un solo grupo.”

Para agregar enseguida: “Cuando gracias a Gorbachov, la libertad alcanzó un nivel crítico, como en una presa que revienta se desbordaron inconteniblemente las manifestaciones de sentimientos y resentimientos acumulados durante décadas. Salieron a plena luz ya no los errores del ‘culto de la personalidad’, sino las barbaridades, la terrible opresión, el terror y el crimen”.

Pienso que en estos breves párrafos, cuya claridad, concisión y fuerza son características del estilo que sella todo el libro, se nos revela el por qué y el cómo Carlos Prieto sintió el imperativo de escribir este libro, imperativo que se refuerza en el momento en que frustrado el golpe de Estado contra Gorbachov, se disuelve la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y alcanzan su independencia los Estados que la integraban. “Hoy se ha cerrado un ciclo de Historia de la URSS, de Rusia y del mundo: 74 años de ideales e

ilusiones traicionados, 74 años de crímenes, 74 años de vida”. Es el brevísimo párrafo con que Carlos remata el relato de los acontecimientos del sábado 24 de agosto de 1991.

El comienzo del interés por Rusia le viene al autor desde los tiempos estudiantiles de su estancia en Boston. Nació a través de la música, concretamente al impacto estético que le causara una sinfonía de Shostakovich. Tal impacto lo condujo simultáneamente al conocimiento de toda la obra grabada y de las partituras conseguibles de este músico eminente, al aprendizaje de la lengua rusa y al estudio sistemático de la historia y la cultura de la Unión Soviética.

Más tarde, con motivo de una invitación que le hace –estando ya en México- el ministro de Comercio soviético para visitar la URSS, continúa el estudio de la lengua rusa, hasta lograr el dominio de ésta en la Universidad de Lomonozov en Moscú; visita fábricas siderúrgicas rusas y ucranianas, profundiza en el conocimiento de la historia y la cultura de los pueblos soviéticos, y sobre todo dispone su sensibilidad y abre sus antenas para ver, entender e interpretar sus vivencias y notaciones diarias. Viajero inteligente, apresa todos estos registros en una nutrida y cuidada correspondencia, hábito que seguirá meticulosamente en los múltiples viajes ulteriores, añadiendo el compromiso consigo mismo de llevar al mismo tiempo una especie de “diario” en que va consignando los sucesos más relevantes de los que esa testigo.

1975 es el año en que Carlos Prieto renuncia a las altas posiciones alcanzadas en los medios industrial y financiero mexicanos, para atender al llamado de la música, su vocación más profunda. A partir de entonces, los viajes, ya como concertista, a la Unión Soviética se prodigan y ello le permite recorrer casi por entero la Unión y tener un contacto más directo con la gente, constatando y en ocasiones compartiendo sus reacciones anímicas y sus sentimientos más profundos a lo largo de aquella vastísima extensión territorial y en los distintos niveles sociales.

Hacer partícipe este conjunto de vivencias y notaciones, cuyo valor se acrecienta por el enmarcamiento y contextura de sus conocimientos de la historia política, económica y cultural de la Unión Soviética y muy particularmente de Rusia, refuerza el mandamiento ético que Carlos Prieto no puede rehuir.

Con modestia ejemplar, el autor declara: “Desde mi último viaje a la URSS y, en particular, desde el día de navidad de 1991 en que se cerró un ciclo de la historia, me pareció que podía tener un cierto interés el que, en un nuevo libro, recogiera mis experiencias a lo largo de treinta años de contacto con la URSS, mi testimonio como testigo de tres décadas de historia”.

Pero, el libro –como ya se ha dicho- es mucho más que eso. Es también la historia de la Unión Soviética entregada en apretadas síntesis de los períodos en que suele dividirse, sólo que presentados no en su orden lineal cronológico sino en la medida en que son evocados por los acontecimientos o son requeridos por éstos para su justa interpretación, lo que en gran parte determina la estructura original de la obra. Cuando termina el recorrido por las páginas de ésta, el lector tiene una visión sintética de la historia de la URSS que comienza con la revolución bolchevique de octubre de 1917 y la ejecución del zar Nicolás II y su familia hasta el momento en que dejó de ondear sobre el Kremlin la bandera roja de la hoz y el martillo, pasando por el asesinato de León Trotsky en México, y las eras de Stalin, Jrushchov, Brezhnev, Andropov y Chernenko, Gorbachov y la frustración del golpe de Estado por Yeltzin.

En esta visión, en la que se explicitan los aspectos políticos, económicos y culturales con el sello que les imprimió cada uno de los detentadores del poder, hay una constante: el drama de la libertad que se manifiesta no sólo en el ocultamiento de la verdad, en la desinformación y en la mentira demagógica, sino en el terror de las purgas, de los asesinatos en masa, de las persecuciones, destierros y cárceles del Gulag de cuantos hicieron pública su denuncia o su protesta, e incluso de aquellos en los cuales el Partido Comunista o el jerarca en turno veían o pretextaban ver un peligro para sus respectivos intereses. Persecución, amenazas, destierro, cárcel, confinamiento recaen sobre todo en intelectuales, poetas, novelistas, artistas, héroes verdaderos de la disidencia y de la libertad.

La primera visita de Carlos Prieto a la Unión Soviética fue en el año de 1962, en la era de Jrushchov, la época llamada del “Deshielo” y en ella se vivía, según la apreciación del propio Carlos, una primera “glasnost” y una primera “perestroika” en pequeña escala. Parecía terminada la pesadilla de la era ominosa de Stalin, y en la información oficial de la magnitud de los crímenes de esa misma era se veía una de las reformas más promisorias.

Ganada la carrera espacial de los Estados Unidos, Jrushchov se proponía en veinte años superar la economía de los norteamericanos.

Los siguientes párrafos resumen el fracaso de los objetivos que se había propuesto el optimismo de Jrushchov:

“Se produjo –la cita es textual- la situación paradójica de que la Unión Soviética, indiscutible superpotencia militar y poseedora de la más avanzada tecnología espacial, no lograra dar un nivel de vida adecuada a su población, condenada a seguir enfrentándose con una penuria crónica de satisfactores esenciales”.

Más en relación con la lucha por la libertad, nos dice en este otro: “Al terminar mi primera estancia en la URSS, en diciembre de 1962, salí con la impresión, o más bien con la esperanza, de que la incipiente liberalización iniciada por Jrushchov iba a continuar y a profundizarse. Cada viaje posterior me provocó una desilusión en este sentido. La liberalización no sólo se había detenido sino que se habían tomado medidas en sentido inverso. Saltaba a la vista el contraste entre la mejoría de las condiciones materiales de vida... y la creciente represión de las libertades individuales”.

“No pretendo hacer –continúa nuestro autor- un examen exhaustivo de este tema y sólo mencionaré algunas tendencias y casos significativos que ponen de relieve, además de las políticas represivas oficiales, el valor de una serie de hombres y mujeres admirables que, por cumplir con su conciencia y expresar sus opiniones en defensa de víctimas inocentes y de los derechos humanos en general, fueron privados de su libertad y envidiados a cárceles, campos de concentración u hospitales psiquiátricos o expulsados de su patria”.

Carlos recuerda los casos de Boris Pasternak, de Anna Ajmátova, Zoshchenko, Solzhenitsyn, Andrei Zajarov y de Rostropovich y su esposa Galiana Vishnevskaya, y nos entrega una lista, a título de ejemplo, de artistas e intelectuales que tuvieron que emigrar, lo que constituyó una “verdadera hemorragia” de la inteligencia y la creación artística soviéticas. La lista comprende a músicos –compositores, instrumentistas intérpretes, directores de orquesta, cantantes-; escritores –poetas, novelistas, historiadores, pensadores-; bailarines, pintores, escultores, directores de cine y de teatro, etc., terminándola con esta

consideración: “La salida de tantas figuras eminentes tiene un valor imposible de aquilatar. El prestigio de la URSS no pudo sino descender de manera considerable ante las revelaciones de Jrushchov acerca de treinta años de atrocidades bajo Stalin y ante la evidente masiva y torpe represión ejercida durante más de veinte años por Brezhnev, Andropov y Chernenko.”

El autor dedica un capítulo completo al caso de Shostakovich. Es un esbozo biográfico de valor extraordinario en el contexto del libro. El caso de este genial compositor ilustra con las tonalidades más dramáticas la más abyecta dictadura ejercida sobre el talento creativo en todos los campos de la expresión artística. La manipulación del Partido Comunista a través, primero de las asociaciones de artistas proletarios, y posteriormente de la Unión de Compositores Soviéticos sobre el valor artístico de las obras y sobre la lealtad de los artistas, teniendo como armas las amenazas, el miedo y el terror, no tiene paralelo en la historia.

Dicho capítulo, más que una tipificación, es una magnificación –como en un “close up” cinematográfico- del drama de muchos intelectuales y artistas que, débiles ante el poder de aquellas fuerzas irracionales, traicionaron de boca sus convicciones doblegándose ante el poderoso, llorando su impotencia, y quemada su alma por la ira. Padecieron las veleidades de juicio sobre el valor de su obra, el orillamiento ala banalidad, siempre oscilantes entre el elogio y el vituperio, ambos sin más fundamento, en el mejor de los casos, que el fanatismo ideológico, encapsulado en el inmovilismo de la teoría artística del realismo socialista.

Muchos pasajes de la vida de Shostakovich tienen, a esta luz, un intenso dramatismo. Carlos Prieto los condensa admirablemente. Sólo haré referencia a tres. El primero se refiere a la reacción que Shostakovich tuvo frente a su expulsión de la directiva de la Unión de Compositores. Héla aquí en palabras del autor: “Para Shostakovich, hombre bondadoso y tímido el impacto de todas estas resoluciones fue terrible. Hablando como un fantasma, hizo declaraciones cuya lectura inspira compasión, en las que agradeció las críticas, reconoció sus errores y prometió ‘acercarse más al pueblo, intentar componer obras sinfónicas comprensibles y cercanas al pueblo’ e ‘intentar componer canciones para las masas populares’.” El segundo es la respuesta dada a Nobokov, un ruso emigrado. Tomo textualmente pregunta y respuesta del libro de Carlos: “En el periódico Pravda apareció un

artículo sin firma que tenía todas las apariencias de un editorial... Se refería a tres compositores occidentales, Paul Hindemith, Arnold Schoenberg e Igor Stravinsky. En este artículo se les calificaba como oscurantistas, como burgueses formalistas decadentes y lacayos del capitalismo imperialista. Quisiera saber si el señor Shostakovich está de acuerdo con la opinión oficial tal como lo publica Pravda... Shostakovich se levantó. Le dieron un micrófono. Mirando hacia el suelo, dijo: “Estoy totalmente de acuerdo con la afirmación de Pravda...” El tercero es también la respuesta a la pregunta de un reportero en el Festival de Edimburgo de 1962. La pregunta fue si él, Shostakovich, estaba de acuerdo con las críticas que le había hecho el Partido en 1948. –Sí, sí, sí. Y no sólo estoy de acuerdo, sino además muy agradecido al Partido por sus enseñanzas.- “Y bajando la voz le dijo a Rostropovich, que es quien lo cuenta: -¡Que hijo de perra! ¿Cómo se atreve a hacerme esta pregunta? ¿No se da cuenta de que no puedo contestarla?”

En el Postludio de este capítulo, Carlos Prieto concluye: “La vida y la obra de Shostakovich son reflejo de la tormentosa época en que vivió. Las autoridades soviéticas que fueron la causa directa de sus sufrimientos, desfiguraron durante décadas su verdadera imagen para presentarlo como un comunista convencido, como un “leal hijo del Partido Comunista”, como dijeron en su sepelio... En su vida coexisten, como en todas, contradicciones, fortalezas y debilidades. Quienes en Occidente condenan simplistamente su aparente adhesión al totalitarismo comunista no tienen conciencia plena del destino trágico de que fueron víctimas tantos millones de sus contemporáneos, bien sea en el Gulag, asesinados por la policía secreta o simplemente, sometidos a una represión permanente y condenados a soportar las tristes condiciones materiales y espirituales que caracterizaban la vida en la Unión Soviética.”

“Shostakovich aprendió a llevar una máscara y a sobrevivir. Una cosa es lo que decía o firmaba. Otra cosa es su música. Galiana Vishnevskaya escribió al respecto lo siguiente: ‘Hacía declaraciones a la prensa... Firmaba cartas de protesta que nunca leía. No se preocupaba de lo que dijeran de él porque sabía que llegaría el momento en que la palabrería sería llevada por el viento y sólo quedaría su música. Y su música hablaría más vívidamente que sus palabras. Su única vida real era el arte y allí no admitía a nadie: era su templo. Cuando entraba tiraba la máscara y era su yo auténtico’ ”.

Señoras y señores:

Me he excedido ciertamente en el tiempo que yo mismo me había asignado para mi participación en esta presentación. Me doy cuenta también de que el libro de Carlos Prieto apenas ha sido tocado y que hay muchísimos aspectos que se han quedado en el teclado de la máquina de escribir. Las referencias económicas, políticas, científicas y tecnológicas, ecológicas y muchas más en el campo de la literatura y el arte, aparte de las anécdotas novelescas y los toques de humor.

A mí me ganó esta gesta, esta lucha por la libertad, este canto que canta tan magníficamente Carlos Prieto Jacqué a este atributo esencial del hombre, base de su dignidad y del respeto a sus derechos fundamentales en el ejercicio de los cuales, y sólo en él, se logra, con la paz, la justicia y el orden, el ascenso del hombre.

Gracias, Carlos, por esta lección de fe y esperanza.

Alfonso Rubio y Rubio